

J. S. MILL Y LA “ESPONTANEIDAD” INDIVIDUAL¹

PURA SÁNCHEZ ZAMORANO²
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

¿Es *Sobre la libertad* de John Stuart Mill el origen de la auto-tolerancia sin límites actual y de la vacua espontaneidad y excentricidad? El profesor Pedro Schwartz en su libro *En busca de Montesquieu* (2007), así lo afirma. Este artículo discute amigablemente las ideas de Schwartz (o mejor entra en disputa con ellas).

Palabras clave: Espontaneidad, Excentricidad, Tolerancia, Liberalismo, John Stuart Mill.

ABSTRACT

Is John Stuart Mill's *On liberty* the source of present-day boundless self-tolerance and vacuous spontaneity and eccentricity? Professor Pedro Schwartz, in his work *En busca de Montesquieu* (2007), claims so. This article friendly discusses (o rather disputes) Schwartz's views.

Keywords: Spontaneity, Eccentricity, Tolerance, Liberalism, John Stuart Mill.

Deseo en estas páginas discutir, amigable y muy brevemente, algunas afirmaciones de Pedro Schwartz (en su obra *En busca de Montesquieu*)³, acerca de *Sobre la libertad*, de J. Stuart Mill. Debo advertir de entrada que, aunque Schwartz es un experto en el pensador británico, las afirmaciones

1 Recepción: 31 de agosto de 2009. Aceptación: 4 de septiembre de 2009.

2 Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del proyecto de investigación del MICINN FFI2008-06414-C03-01.

3 Pedro Schwartz, *En busca de Montesquieu. La democracia en peligro*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2006, pp. 199-204.

Tuve el honor de conocer personalmente al profesor Schwartz en la primavera de 2008, cuando amablemente aceptó discutir su última obra con mis alumnos de Filosofía Política, quienes la habían estudiado ese Curso 2007-8 como uno de los textos “obligatorios” de la asignatura.

a las que aludo están vertidas en unos pocos párrafos, no equivalentes en justicia, creo, a argumentaciones exhaustivas. Por lo demás, la que esto escribe se basa en una lectura personal, no-experta (aunque, espero, tampoco ingenua en exceso) de *Sobre la libertad (SLL)*.

Según Schwartz, la filosofía “liberal” del siglo XXI ha devenido una mera “bula de indulgencia”, pues consiste en “una ética pública de derechos sin obligaciones y una moral individual de (auto) tolerancia sin límites”. Desde finales del siglo XIX y en el transcurso del XX, el principio fundamental del liberalismo —el de la autonomía personal— fue “redefinido como la política del bienestar en lo público y la deontología de la (ilimitada) permisividad en lo privado”; y es *este último aspecto* el que halla sus orígenes en *Sobre la libertad*, en concreto, en sus capítulos III y IV titulados, respectivamente, “De la individualidad” y “De los límites de la autoridad de la sociedad sobre el individuo”. En *SLL* podemos localizar, según nuestro autor, una de las semillas “de la pudrición del liberalismo (clásico)”.⁴

De acuerdo con Schwartz, cuando Mill defiende la más absoluta libertad del individuo —en todo aquello que le concierne *a él solo*— de desarrollarse por sus propias energías y en su perfecta individualidad, el filósofo británico ha comenzado a “extraviarse” en el romanticismo de Humboldt, “en el universo romántico y sus dos elementos, la autonomía kantiana de la voluntad y la espontaneidad naturalista de Rousseau”:

“El individualismo de Humboldt es kantiano en la medida en que, para Kant, el ser humano sólo vive moralmente en cuanto es capaz de elegir libremente; y es rousseauiano... porque Rousseau creía que era siempre buena la elección espontánea y libre de los seres humanos antes de que la civilización los hubiera corrompido. [...] De estos utópicos ideales se hace eco Mill en *Sobre la libertad*”.⁵

El ideal de desarrollar máxima y armoniosamente las capacidades propias hasta alcanzar un todo completo y coherente, avisa Schwartz, “carece, *así expresado*, de toda referencia a un fin fuera de la persona, a una obra valiosa en sí misma y no por referencia al ego”. En dicho ideal, añade, se halla en potencia la obsesión *actual* por la auto-realización en tanto que expresividad, espontaneidad y excentricidad, las cuales, al no regirse por fines y tareas distintos o superiores a la propia persona, acaban en el vacío o en el vicio.

4 Schwartz, op. cit. 2006, p. 199.

5 op. cit. 2006, p. 201.

Es verdad, reconoce nuestro autor, que Mill indica que el fin del ser humano no es seguir deseos vagos y pasajeros (sino el desarrollo y perfeccionamiento de sus capacidades “superiores”, capacidades que son esenciales en la naturaleza humana); pero también es verdad que, en *SLL*, la *costumbre* se presenta como el gran obstáculo “a la espontaneidad”, una rémora para “los diferentes experimentos vitales”, que tienen valor intrínseco. Para Mill, el principal enemigo de la libertad personal en su época no es tanto el Estado, dice Schwartz, cuanto la tiranía social de la mayoría, el despotismo de “la mediocridad colectiva”, la coerción moral de la opinión general y acostumbrada. Es por ello por lo que defiende ámbitos o espacios sin restricciones sociales de ningún tipo, donde sea posible el florecimiento de caracteres “no-conformistas hasta la excentricidad”. En resumidas cuentas, afirma Schwartz, Mill “amplía indebidamente el concepto de esfera íntima protegida”, y lo hace con pésimas consecuencias.

Siguiendo a Thomas Sowell⁶, Schwartz señala que la postura de Mill en lo que a la individualidad se refiere, adolece de dos asimetrías formales y una carencia material:

- La primera asimetría consiste en que Mill no trata los planes de vida igual que las ideas. Si las ideas han de estar sujetas al contraste y la crítica más rigurosos para discernir la verdad del error, los distintos modos de vida han de quedar libres del rechazo *severo*. (Así, por ejemplo, según Mill, tenemos derecho de evitar la compañía de aquellas personas de las que guardamos opiniones poco favorables, pero *no de ostentar que la evitamos*).
- La segunda asimetría, de acuerdo con Schwartz, “tiene su origen en un paternalismo de intelectual a la francesa”⁷; para Mill, la gente “de a pie” no tiene derecho a imponer sus modos de vida a las élites innovadoras, pero estas últimas sí pueden desempeñar el papel de “modelos” sociales en lo que se refiere a formas de vivir más libres y originales.
- La carencia material del individualismo milliano reside, según Schwartz, en pasar por alto que hay otros *modos de ser y actuar* tan válidos y respetables como los de los inconformistas —que Mill creía acreedores de un respeto cuasi-absoluto— *siempre y cuando* unos y otros traten de preservar *y/o* crear *valor*. En otras palabras, dice nuestro autor, no han de apreciarse los modelos morales exhibidos por los individuos extravagantes por ser extravagantes,

6 Thomas Sowell, “The enigma of J. S. Mill”, en *On Classical Economics*, Yale University Press, New Haven, 2006.

7 Schwartz, op. cit. 2006, p. 203.

sino cuando resultan de una vida dedicada a la creación de valor; y tampoco han de rechazarse, si preservan valor, los modelos morales manifestados en las vidas (por así decirlo), más "conformistas".

Tal y como Schwartz polémicamente concluye (y el autor se refiere sobre todo a la situación *actual*):

"Está bien ser inconformista cuando uno carga con las consecuencias de la vida que ha elegido en aras de algún ideal, pero no cuando el Estado de Bienestar le da a uno rentas que le permiten ser irresponsable [...] Por desgracia las masas, imitando a los malos artistas, [han llegado a creer] que 'toda necesidad es un derecho' o incluso que 'todo deseo es un derecho'. En una sociedad libre con una economía de mercado sin interferencias, los fuegos fatuos del liberalismo romántico carecerían de subvenciones públicas y serían disciplinados por la competencia, con lo que sólo arderían las verdaderas llamas del ingenio. El obstáculo para el progreso y la innovación no es la costumbre, sino la falta de libertad económica y constitucional".⁸

ALGUNAS RÉPLICAS

- ¿Qué es exactamente, en Mill, la "tiranía" de la costumbre o tradición? ¿La crítica milliana a dicha "tiranía" acaba *sólo* amparando a la "espontaneidad *inconformista*"?

Para Mill (que, en este extremo, sigue a Tocqueville), lo acostumbrado, lo "tradicional" en una sociedad puede llegar a ser tiránico, pues nos las vemos, en este caso, con pautas vinculantes de pensamiento, gusto y acción que deben su fuerza, no a la coerción estatal, sino al hecho de ser compartidas por una importante mayoría social. Dichas pautas constituyen "un código implícito (sobre lo correcto, lo apropiado, lo oportuno, etc., socialmente hablando), código que, sin embargo, no puede fácilmente quebrantarse sin arriesgar algún tipo de desgracia".⁹

Así lo explicita el propio Mill:

"The despotism of custom is everywhere the standing hindrance to human advancement, being in unceasing antagonism to that disposition to aim at something better than the customary, which is called, according to circumstances, the spirit of liberty, or that of progress or improvement.

8 op. cit. 2006, pp. 203-4

9 Véase Richard M. Ebeling, "John Stuart Mill and the Three Dangers to Liberty", en *Freedom Daily. The Future of Freedom Foundation*, (June 2001), <http://www.fff.org/freedom/0601b.asp>

The spirit of improvement is not always a spirit of liberty, for it may aim at forcing improvements on an unwilling people... But the only unfailing and permanent source of improvement is liberty, since by it there are as many possible independent centers of improvement as there are individuals [...] Custom is there (over the whole East and especially China), in all things, the final appeal; justice and right mean conformity to custom [...] Two things [are] necessary conditions of human development [of individuality]... namely, freedom and variety of situations. The second of these two conditions is in this country (and the whole Europe) every day diminishing [...] All the changes of [our] age promote assimilation [...] If resistance waits... all deviations... will come to be considered impious, immoral, even monstrous and contrary to nature.”¹⁰

En las páginas citadas, Mill alude al “inmovilismo” oriental, inmovilismo que él radica, además de en la falta de libertad, en la antipatía hacia la individualidad detectable en las costumbres de aquella región. Pero no todas las “costumbres” anti-individualistas que Mill critica en *SLL* son así de “vetustas”. Las actuaciones de las “Ligas filantrópicas” (contra el alcohol, el juego o el adulterio) o los dictámenes de las “opiniones socialistas” (contra la desigualdad de salarios o los estilos de vida costosos, por ejemplo), están deviniendo auténticas costumbres (en el sentido indicado más arriba) en la época de Mill. Y su reproche es, en esos sentidos, *tan duro* como el que dirige contra la pervivencia del fanatismo religioso en Europa y Norteamérica. Obsérvese, apunta Mill, el sentimiento de la mayoría social en los Estados Unidos de que “cualquier estilo de vida más ostentoso o costoso de lo que se puede esperar igualar es desagradable, operando como efectiva ley suntuaria”).¹¹

Mill discute dos tipos de caso en relación con los límites de la autoridad de la sociedad sobre el individuo (en resumidas cuentas, en relación con el “despotismo de la costumbre”, sea ésta de nuevo cuño o vetusta):

- el de la persona que presenta “*self-regarding faults*” (o “faltas con respecto a sí misma”, como el alcohólico; se trata de “faltas” y no de vicios *inmorales* si las consecuencias de las mismas sólo recaen sobre la persona en cuestión);
- y el de la persona genuinamente innovadora en el sentido de que aspira a “crear valor” (otra vez, sin *dañar* a terceros).

Discuto el primer caso en la siguiente sección. En lo que se refiere al segundo, la tesis de Mill es que muchas de estas personas serán tarde o

10 John Stuart Mill, *On liberty* (III), edited by Currin V. Shields, The Bobbs-Merrill Copany Inc., Indianapolis, 1976, pp. 85-90.

11 Mill, op. cit. 1976, (IV), p. 107.

temprano etiquetadas de “inmorales”, “ofensivas” o “lunáticas” *simplemente porque* han osado sentir de modo diferente, creer en otras creencias, hacer las cosas de modo inédito o experimentar con algo nuevo; en otras palabras, han osado *tener iniciativa*. La mayoría social con respecto a estas personas, afirma, inviste sus meras preferencias con el carácter sagrado de la “costumbre”, considerando una “enormidad” que cualquiera —repito, en asuntos que en absoluto *dañan* a dicha mayoría; en ocasiones, todo lo contrario— sienta, crea o actúe de modo distinto. Las consecuencias para los “innovadores” son el ridículo, el desprecio, el ostracismo en el vecindario, el aula, la prensa, etc.

¿Amparan las tesis de Mill en lo que se refiere a los límites de la autoridad social sobre el individuo tanto a “innovadores” como a “conformistas”? ¿Cuál sería su postura, por ejemplo, respecto de aquellos que hoy en día tratamos de revertir (sin daño a terceros) el borreguismo y la vaciedad de lo políticamente correcto en el mundo occidental? ¿Respecto de aquellos que, como Schwartz, y en medio de tanto eslogan supuestamente “progresista”, siguen empeñados en la *conservación* de ciertos valores, por ejemplo, los del liberalismo clásico? Yo creo que sería de simpatía, si hemos de creer sus reconveniones a muchas de “las nuevas opiniones socialistas” o a las actuaciones “filantrópicas”; también lo “nuevo” puede promover la “asimilación” de caracteres en general.

Mill pensaba, al igual que Schwartz, que para que la genuina individualidad prosperara, la libertad era indispensable; pero pensaba, además, que ciertos desarrollos que entonces comenzaban en su época (en la política, la educación, los *media*, las modas, etc.), engendrarían públicos y masas más y más anti-individualistas. *SLL* es, a mi juicio, *un ejercicio de persuasión dirigido a dichos públicos* para que no sólo toleren, sino celebren, los esfuerzos de aquellos que van “contra la corriente”. Que la corriente asimilatoria sea antiquísima o de nuevo cuño, poco importa. Mill, creo, consideraría que lo políticamente correcto, la “costumbre” occidental por excelencia desde los años 60 del siglo pasado por lo menos, es una desgracia —un freno y un desaliento— para los innovadores y los conservadores *de valor* por igual; y animaría a la rebeldía contra todo ello.

- (Respecto a la primera asimetría denunciada por Schwartz), ¿pueden/ deben los modos de vida de los individuos ser tratados igual que sus ideas?

En un primer momento parecería que así es pues, según Mill, *los mismos argumentos* que respaldan el pluralismo de opinión y expresión respaldan el pluralismo de modos de vida (siempre y cuando estos últimos no dañen los intereses fundamentales de terceros); esos argumentos giran en torno al hecho de que el ser humano es falible, y es aconsejable el “contras-

te” que el pluralismo procura, pues nos acerca a grados mayores/ mejores de verdad.

“In things which concern only himself... [the individual] should be allowed, without molestation, to carry his opinions *into practice at his own cost*. [Because] mankind are not infallible [and] their truths, for the most part, are only half-truths... until mankind are much more capable than at present of recognizing all sides of the truth... it is useful that... there should be... different experiments of living... varieties of character, short of injury to others; and that the *worth* of different modes of life *should be proved practically*.”¹²

(Nótese, antes de que prosigamos, y para ello he recurrido a las itálicas, que el “experimentalismo” defendido por Mill poco tiene que ver con el *actual* inconformismo (doblemente) irresponsable, criticado, con toda razón, por Schwartz. Para Mill, el valor de los diferentes modos de vida ha de ser demostrado prácticamente; y todo innovador ha de arrostrar los costes y las consecuencias de su elección vital).

En un segundo momento, no obstante, parecería que los modos de vida merecen un trato más “delicado” que las ideas en general (aunque hay, desde luego, ideas que pueden ser centrales para la identidad de la persona y merecen, *prima facie*, consideración). Tomemos el caso aparcado en la sección anterior, el de la persona que presenta “*self-regarding faults*” (o faltas con respecto a sí misma exclusivamente). Como dijimos, este es uno de los escenarios que Mill quería “sin restricciones sociales de ningún tipo” y en torno al cual, según Schwartz, “amplió indebidamente el concepto de esfera íntima protegida”.¹³

¿Por qué *no* debería la sociedad castigar ni legal ni moralmente al alcohólico, al jugador, al individuo de gustos vulgares, al estúpido, etc., cuando —caso difícil pero no imposible— sólo se dañan a sí mismos? Los argumentos que Mill da contra el paternalismo y el moralismo en estos casos son bien conocidos y pertenecen a la tradición del liberalismo más *clásico*; en resumidas cuentas, sostiene Mill, tales individuos son “personas adultas”. Permitir que el Estado o nuevas “ligas filantrópicas” coerzan a personas adultas a perseguir lo que los primeros consideran “su mejor bien” o “la moral”... es un mal; un mal mucho mayor que las faltas de todos aquellos que fallan en su auto-respeto y su auto-desarrollo, ya que atenta contra *la personalidad* (o individualidad) de la persona y *la libertad* en

12 Mill, op. cit. 1976, (III), p. 68.

13 El otro caso, también lo dijimos, es el de las supuestas “ofensas” en las que supuestamente incurren los innovadores.

general. Contra la primera, puesto que la despoja de “las propias luces” (asimismo en lo que se refiere a revisar y *enmendarse*); contra la segunda, puesto que acrecienta el poder y la discrecionalidad del estado o las mayorías sociales.

No se trata aquí de escepticismo ni de subjetivismo en cuanto al valor¹⁴; a esos individuos se les puede aconsejar, se les puede exhortar, se les puede cansar con consejos y exhortaciones, se les puede considerar idiotas e, incluso, darles la espalda. Si no debemos “ostentar que se la damos” es porque, sencillamente, se trata (otra vez) de personas, de entidades cuya personalidad o individualidad es “propia”, no-reducible a sus “faltas” y, por tanto, respetable. Stuart Mill, no obstante, no es en absoluto partidario de la “fofa” e ilimitada tolerancia que caracteriza a nuestros días:

“It would be well indeed if this good office —[warning somebody beforehand that his self-regarding faults may compel others to *judge* him a fool]— were much more freely rendered than the common notions of politeness at present permit, and if one person could honestly point out to another that he thinks him in fault, without being considered unmannerly or presuming.”¹⁵

Algunos críticos han señalado que Mill nunca consideró el caso de que las *self-regarding faults* —el alcoholismo, la drogadicción, la banalidad, la vulgaridad, la promiscuidad, etc.— pudieran llegar a convertirse en fenómenos generalizados o “de masas”, alcanzando a poner así en peligro *las mejores costumbres, un consenso cívico-liberal mínimo o, incluso, la unidad social*. Mill, como dice Schwartz, “amplió” —a mi juicio, sólo retórica o persuasivamente— “el concepto de esfera íntima protegida”; pero no previó que dicha esfera sería ocupada por tanta masa “permisiva” y/o “meramente excéntrica”. ¡Qué le vamos a hacer! Se equivocó en este caso; pero nadie puede conocer de antemano cómo y por quién serán apropiadas todas y cada una de sus ideas.

14 Aunque es cierto que Mill distingue entre las verdades matemáticas y las de las ciencias empíricas, y entre las verdades científicas en general y aquellas que pueden darse en cuestiones de religión, moral y política. No es que en las distintas esferas “la verdad” signifique algo distinto; es que las verdades poseen, en las distintas esferas, grados diferentes de evidencia y convicción inter-subjetiva. En lo que se refiere al asunto de cómo vivir la vida (tanto privada como públicamente), lo normal es que “la verdad” no se halle completa en ningún “bando”, sino “fragmentada” en puntos de vista distintos y hasta contrapuestos. Véase, a este respecto, Harry B. Acton (ed.), “Introduction”, in *J.S. Mill. Utilitarianism, On Liberty and Considerations on Representative Government*, Everyman Classics, London, 1987, p. xxi y ss.

15 Mill, op. cit. 1976, (IV), p. 94.

- (Respecto a la segunda asimetría), es cierto que *Sobre la libertad* se propone, en gran medida, encomiar la individualidad de las “élites innovadoras” y defenderla de la “mediocridad” de las opiniones ordinarias y mecánicas. Pero, ¿qué hay de siniestro en todo ello? Las “élites innovadoras” son, en Mill, aquellos individuos que, al tiempo que experimentan en nuevas direcciones *arrostrando sus propios costes*, manifiestan alguna probabilidad de contribuir al desarrollo y perfeccionamiento de las capacidades “superiores” humanas y al progreso de *todos*; por supuesto, esa contribución es sólo plenamente evaluable *a posteriori*:

“It will not be denied by anybody that originality is a valuable element in human affairs. There is always need of persons not only to discover new truths and point out when what were once truths are true no longer, but also to *commence new practices and set the example* of more enlightened conduct and better taste and sense in human life [...] It is true that this benefit is not capable of being rendered by everybody alike; there are but few persons, in comparison with the whole of mankind, whose experiments, if adopted by others, *would be likely to be any improvement on established practice*. But these few are the salt of the earth... Not only is it they who introduce good things which did not before exist; it is they who *keep the life in those which already exist* [...] There is only too great a tendency in the best [and customary] beliefs and practices to degenerate into the mechanical [...] In order to have [persons of genius], it is necessary to preserve the soil in which they grow. Genius can only breath freely in an *atmosphere of freedom*.” (Itálicas, excepto la última, mías)¹⁶

De esta cita (y otras muy similares que aquí renunciamos a reproducir), no se puede inferir, en justicia, ningún “intelectualismo a la francesa” por parte de las élites millianas; tampoco ninguna suerte de espontaneidad “naturalista” o rousseauiana¹⁷ en sus actividades. Por otro lado, ¿es verdad, como da a entender Schwartz, que la “gente de a pie” tenía, en la época de Mill, tan pocos “derechos” de imposición?

Mill fue espectador del enorme poder que la democratización de la vida —y no sólo la democracia política— había dado a los *mediocres*¹⁸: en el gobierno, en la opinión pública, en los contenidos de la prensa y, por tanto,

16 Mill, op. cit. 1976, (III), pp. 78-79.

17 Como dice el *Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia* (2001), “espontaneidad” tiene dos significados fundamentales y no-idénticos: a) expresión o producción de algo voluntariamente o de propio impulso, y b) realización de algo sin cultivo o sin los cuidados del hombre. Mill recurre en *SLL* al primer significado, no al segundo.

18 “Mediocres” en un sentido similar al que, posteriormente, otros pensadores como Ortega o Arendt darán al término “individuos-masa”.

en las (viejas y nuevas) costumbres. Se daba cuenta de que todos los cambios sociales y políticos de su época, algunos de los cuales él mismo favoreció —la igualdad de derechos y libertades, la educación general y pública, el ascendiente de las masas en el quehacer del estado y *viceversa*, por no hablar de la posterior colusión entre ambos polos— promovían la asimilación entre individualidades y, lo que es peor, contribuían a “encumbrar a los bajos y a rebajar a los destacados”. A Mill le desagradaba la igualación “por lo bajo”, el anti-elitismo general de la sociedad igualitaria. ¿Se equivocaba en su postura, o en sus análisis de lo que había y vendría?

Mill, ya lo hemos dicho, esperaba que la libertad fuese suficiente para el mayor individualismo y el progreso de todos¹⁹, pero observaba que muchos individuos no se valían de sus libertades para tales propósitos; experimentaba, así, el comienzo de una nueva “atmósfera” donde todos aquellos “que no se asemejaban puntualmente” a la masa, acababan denostados y desalentados en sus iniciativas. Sus afirmaciones en este sentido son plenamente contemporáneas. Y acertadas:

“...Public opinion now rules the world. The only power deserving the name is that of masses, and of governments while they make themselves the organ of the tendencies and instincts of masses. This is as true in the moral and social relations... as in public transactions [...] And what is still a greater novelty, the mass do not now take their opinions from dignitaries... ostensible leaders, or books. Their thinking is done for them by men much like themselves... on the spur of the moment.”²⁰

Creo, en resumidas cuentas, que para refutar a Mill en el asunto que traemos entre manos hay que demostrar que la generalidad de los individuos (entonces y hoy) verdaderamente conoce y estima su libertad y hace, por su medio, lo mejor: aspirar a la excelencia intelectual, moral y estética alcanzando, así, a ser sus mejores “yoes”. Hay que demostrar que la generalidad de los individuos (entonces y hoy) no es, con demasiada frecuencia y según las costumbres de la sociedad igualitaria, no sólo mediocre sino resentidamente “niveladora”. Y hay que demostrar que (entonces y hoy) no se necesitan élites (por ejemplo, en el gobierno del país), sino... más “gente de a pie”.

Schwartz acusa a Mill de un paternalismo “de intelectual a la francesa” por pretender —persuasiva, que *no políticamente*— que unos pocos

19 Recuerdese su aserto: “The only unfailing and permanent source of improvement is liberty, since by it there are as many independent centers of improvement as there are individuals.” Op. cit., 1976, p. 86.

20 Mill, op. cit. 1976, (III), p. 80.

desempeñen el papel de modelos en lo que se refiere a la “singularidad”; pero, ¿se trata sólo de eso o hay algo más? Quiero decir, ¿está Schwartz refiriéndose a “otro” Mill que arrojaría luz sobre las posturas mantenidas en *SLL*? Me ocupo de ello en la última sección.

- (Respecto a la carencia material del individualismo de Mill), es cierto que, en el capítulo III de *SLL*, Mill exalta “la auto-afirmación pagana o griega”, el cultivo de lo más individual y único de cada uno, el auto-desarrollo que convierte al yo más propio en “un noble y bello objeto de contemplación”; en otras palabras, la “genialidad” (siempre que se arrosten los propios costes y no se infrinjan los derechos e intereses fundamentales de los demás, para decirlo por enésima vez). Es cierto, por lo demás, y como Schwartz afirma, que en la obra entera no encontramos un entusiasmo similar en lo que se refiere a otros modelos de vida menos geniales o más “conformistas”, por así decirlo. Pero, primero, hay que tener en cuenta la época de Mill y contra quienes escribe; lo hace, en parte, contra ciertas tendencias “calvinistas” de su tiempo según las cuales lo que un Dios benevolente espera de todos nosotros es la auto-negación, la eliminación de nuestra personalidad y el borreguismo más austero y gris.

Segundo, Mill no confunde la genialidad u originalidad y la mera extravagancia. Si releemos detenidamente la cita número 14 (más arriba) y otras similares descubrimos que los “originales” encomiados por Mill no sólo introducen nuevas cosas en *el ámbito del valor* (la verdad, la conducta moral), sino que “preservan la vida (el valor)” en las práctica *bien establecidas o valiosas*.

Tercero, un “original” es, en Mill, no sólo alguien con unas energías y facultades muy desarrolladas e individualizadas, sino alguien que, por lo mismo, manifiesta alguna probabilidad de mejorar la tradición y/o revivificarla. Con todo, la originalidad es una cuestión de grados. Que Mill exalte, en el contexto de su época, a las élites “geniales” no quiere decir que necesariamente deseche —por no referirse a ellos— a “la madre, el empresario, la misionera o el militar *entregados*” a los que, con toda razón, Schwartz aplaude. Esos modelos de vida más “conformistas” preservan y re-crean el valor de prácticas bien establecidas y son, social y públicamente, fundamentales. Por lo demás, *poco* tienen que ver dichos modelos con la “mediocridad conformista” que Mill critica. El mediocre para Mill, ya lo hemos dicho, es el individuo-masa, el que deja a “lo acostumbrado” —sea ello añejo o el último grito— pronunciarse por él, el que vive casi todo “mecánicamente” y casi nada “desde dentro”, porque muy poco ha desarrollado “dentro”, y el que resiente que unos pocos destaquen.

Cuarto, ¿qué hay de malo en el auto-desarrollo individualista e, incluso, genial? Nada, creo yo; pues como cierta vez dijo Murray Rothbard en un espíritu bastante milliano,

“If men were like ants, *there would be no interest in human freedom*. If individual men, like ants, were uniform, interchangeable, devoid of specific personality traits of their own, then who would care whether they were free or not? Who, indeed, would care if they lived or died? The glory of the human race is the uniqueness of each individual, the fact that every person, though similar in many ways to others, possesses a completely individuated personality of his own [...] It is the fact that these unique personalities need freedom for their full development that constitutes one of the major arguments for a free society...

Every man must have freedom, must have the scope to form, test, and act upon his own choices for *any sort* of development of his own personality to take place. He must, in short, be free in order that he may be fully human.”²¹

Quinto, recapitulemos las tesis de Schwartz frente a Mill: 1) la permisividad en lo privado y el *inconformismo irresponsable* (en pro de ningún ideal y, además, subvencionado) —fenómenos que en nuestros días son cuasi “de masas”— tienen su germen en *SLL*. Con todo, 2) Mill trata a las “masas” *de su tiempo* (y posiblemente, a las por venir) con paternalista desdén: la generalidad de individuos de aquellos días, la gente “de a pie”, parece afirmar Schwartz, no constituía “la masa municipal y espesa” necesitada de élites millianas que Mill suponía.

La primera tesis de Schwartz sólo es acertada, a mi juicio, en lo que a la auto-permisividad se refiere (aunque, ya lo hemos dicho, la equivocación de Mill consistió en no prever, en este caso, la “masificación”). En lo que respecta a la tesis segunda, creo que Schwartz podría estar aludiendo ahí a un argumento relativamente reciente de acuerdo con el cual, tras la defensa de la libertad personal para todos de *SLL*, Mill esconde “otra agenda”, una “ortodoxia coercitiva” subyacente a su famosa asunción de la “racionalidad virtuosa” y otras asunciones similares. Dicha ortodoxia, detectable si se lee la obra *completa* de Mill (sobre todo, sus ensayos sobre la religión y la correspondencia con Comte), arrojaría una luz nueva sobre las “élites” y su carácter, y sobre el espíritu todo de *SLL*.²²

21 Citado por Richard M. Ebeling, op. cit. 2001, p. 1.

22 Véase, por ejemplo, Roger Kimball, “Reputations Overrated: John Stuart Mill”, en *Standpoint*, 16 November 2009, en <http://www.standpointmag.co.uk/node/402/full>. También, Carlos Rodríguez Braun, “Sobre la libertad en *Sobre la libertad*”, (pp. 1-23), en <http://www.estrellatrinchado.com/Carlos%20Rodr%C3%ADguez%20Braun%20-%20On%20liberty%20J.S.%20Mill.doc>. Asimismo George W. Carey, “The Authoritarian Secularism of John Stuart Mill. A Review Essay”, en *Humanitas*, Vol. XV, N° 1, 2002. (Rodríguez Braun y Carey se basan, en este asunto, en las obras de Joseph Hamburger, *John Stuart Mill on Liberty and Control* (1999), y Linda C. Raeder, *John Stuart Mill and the Religion of Humanity* (2002)).

Aunque no entraré en este debate (sólo lo conozco muy superficialmente), sí lo recapitularé brevemente para, más tarde, concluir con un par de observaciones.

Según parece, Mill nunca fue el individualista y el “libertario” que las interpretaciones más tradicionales de *SLL* nos harían suponer. Durante toda su vida, deseó reemplazar el cristianismo por una “religión de la Humanidad” de inspiración comteana y dogma utilitarista. Mill asociaba el cristianismo con el “egoísmo” (la preocupación por la salvación ultraterrena de uno mismo), y la religión de la Humanidad con un sentimiento mucho más altruista y “social”. Consideraba, como Saint-Simon o Comte, que el deber del “filósofo” y, en general, del individuo racionalista, era el de ayudar al progreso de una historia “progresiva”, auspiciando el tránsito de una vieja era y sus prejuicios a otra nueva. Según Mill, en la nueva era, no se harían concesiones de ningún tipo respecto a teorías o creencias fundadas en “lo sobrenatural”; el cristianismo no tenía “utilidad” de cara a promover un “mejor” (más generoso) carácter moral y el bienestar general, mientras que el humano dirigismo de los mejores (de sus propias élites “racionalmente virtuosas”), junto a la *fuera* de “una nueva educación y opinión”, eran suficientes para remediar los males humanos. Mill, por lo que parece, estuvo toda su vida convencido de la absoluta superioridad de su propia y “puramente humana” moralidad, moralidad que se vio obligado a “disimular” aquí y allá debido a las leyes británicas contra la blasfemia.

En resumidas cuentas y de acuerdo con las ideas que preceden, *Sobre la libertad* ha de interpretarse de otro modo: la celebrada libertad de opinión y expresión, consideraría Mill siguiendo a Saint-Simon, era fundamental de cara a disolver las viejas creencias, especialmente las religiosas; el “despotismo de la costumbre” sería, sobre todo, el de la costumbre inspirada en la religión; y el “inconformismo” y la “individualidad” más recomendables, los de las élites positivistas y ateas. En la filosofía de Mill, según sus nuevos intérpretes, se hallaría el guión para algunas de las preocupantes conductas del Estado contemporáneo, un estado dotado de los poderes y las piedades de un Dios, y que aspira a politizar completamente la vida social y a suplantarla.

Sólo tengo dos observaciones (o mejor, dos preguntas) que hacer antes de concluir:

1. ¿Defendió Mill alguna vez, en algunos de sus escritos, un *estado perfeccionista* (esto es, un estado reconstituido en torno a sus propias ideas, privativas socialmente hablando)? ¿Defendió alguna vez un estado *intervencionista* en lo que se refiere a los *contenidos* de la educación y la opinión?

2. Si ello *no es* el caso pero, no obstante, “veladamente”, Mill sí patrocinó, frente a la sociedad civil de su época, un neo-elitismo “genuinamente” paternalista-moralista, ¿cómo es que *a la vez* defendió la subjetividad auto-permisiva, una subjetividad no-coercible por nadie siempre que se cumplan ciertas condiciones? ¿Era esto último una pura cortina de humo? ¿Pensó quizá que la auto-permisividad contribuiría a disolver la “mojigatería” religiosa pero, cumplido el objetivo, ella misma sería suplantada por una subjetividad más auto-controlada y coherente con la “utilidad general”? ¿Cómo exactamente se lograría todo esto; cómo, *valiéndose de las mismas libertades que el resto de la sociedad*, lograrían sus nuevas élites tal dominio sobre las individualidades? ¿O es que, para completar el círculo y volviendo al principio, Mill sí patrocinó “veladamente” (otra vez), la colusión entre sus élites y el aparato estatal sin la cual el *genuino* moralismo y paternalismo con respecto a las muchedumbres son inalcanzables?

Verdaderamente, todo esto me parece en exceso rebuscado y maquiavélico. Tengo grandes dificultades para identificarlo con el principio de la sencillez en la interpretación y con la personalidad de Mill.